

LA ASAMBLEA DE LA OPORTUNIDAD



Kennedy en la ONU: Cooperación soviético-americana para ir a la luna.

Por EDUARDO HARO TEGLEN

LA sesión normal de la Asamblea General de las Naciones Unidas que acaba de comenzar en Nueva York es la número dieciocho; según los augures es, en realidad, la primera de la historia en que podrán cumplirse los principios elementales de la Carta. Están todavía sin remediar los grandes defectos estructurales de la Organización: el derecho de veto de los cuatro grandes y un fantasma de grande —Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, la URSS y China (Formosa)— adquiridos con la victoria de la última guerra; el poderoso secretariado unipersonal; el predominio de Estados Unidos; el erróneo emplazamiento de la sede; la falta de representación en los organismos de control y decisión de los nuevos grupos geopolíticos. Y aún flotan en el recuerdo memorias amargas de sesiones tormentosas, estériles y decepcionantes en las que no se pudieron resolver problemas vitales o, lo que es peor, se adoptaron soluciones de guerra fría. Muchos grandes países desdennan aún la ONU —De Gaulle la llama «esta cosa», «ce machins»— y muchos pequeños países toman asiento en sus escaños —ya insuficientes: este año los delegados de los países recientemente admitidos han tenido que robar asientos a la tribuna de prensa, donde antes cabían 300 periodistas y ahora sólo se pueden sentar 27— con la ira de haber visto allí mismo, muchas veces, sus intereses nacionales olvidados o pisoteados.

Primeras sorpresas

Todo sigue igual y, sin embargo, todo ha cambiado. Hay un espíritu de paz y ese espíritu de paz permite que el viejo organismo oxidado y lento parezca capaz de servir. Esta es la «Asamblea de la oportunidad», según la ha definido el canadiense Pearson, y sus primeras pequeñas sorpresas lo confirman. Por ejemplo, por primera vez en la historia de las Naciones Unidas la Unión Soviética ha hecho uso de la palabra —con voz de Gromyko— antes que los Estados Unidos, después de una conversación privada entre el delegado soviético y el delegado americano, Stevenson, que duró setenta y cinco minutos y permitió hacer a Stevenson pronósticos felices. Por ejemplo, el hecho de que la figura de Presidente de esta Asamblea fuese elegida sin un solo voto en contra —tuvo 99 a favor y once abstenciones—, lo cual resulta más sorprendente si se tiene en cuenta que la Presidencia ha recaído en el venezolano Carlos Sosa Rodríguez, del equipo de Betancourt, y que el delegado cubano —Carlos Lechuga— no votó en contra. Por ejemplo, en fin, que la cuestión de la representación de China que aparece cada año al principio de la sesión no haya sido planteada ahora por la URSS sino por Albania (en cuya carta se pide la «expulsión de la banda changkaichéista» y el «restablecimiento de los derechos legítimos de la República Popular de China en la ONU»).

Tampoco la discusión del temario ha producido las borrascas que surgían en otros años. La Mesa de la Asamblea ha aceptado, sin discusión, temas trascendentales: desarme, suspensión de pruebas nucleares, desnuclearización (valga el barbarismo) de América Latina, eliminación del colonialismo, violación de los derechos del hombre en el Vietnam del Sur... Las únicas leves discusiones se refirieron a la inclusión del caso de Corea, la cuestión de la discriminación racial en África del Sur y la de Rhodesia. Todos los temas fueron incluidos en la Agenda.

No es de extrañar que en este ambiente y con este espíritu la primera gran propuesta se haya abierto camino a la esperanza. Ha sido la propuesta soviética de reunión en Moscú entre las 18 naciones que forman el Comité de Ginebra. Más una propuesta sensacional: la de que tanto la URSS como Estados Unidos se comprometan a no lanzar al espacio vehículos que deban permanecer permanentemente en órbita. Así desaparecerían las sospechas de que una o las dos naciones puedan tener colgando continuamente sobre el planeta una especie de bombas de Damocles que podrían desprenderse en cualquier momento con una señal

de radio. Estas ofertas, y el discurso entero de Gromyko, habrían sido rápidamente calificados no hace más de un año de «maniobra de propaganda», y combatidos por los delegados occidentales. Ahora, en cambio, el discurso ha sido bien acogido y los observadores en Nueva York conceden a las propuestas gran capacidad de prosperar. El discurso de Kennedy, tan amplio y tan esperanzador en muchos puntos, lo hace pensar así. Incluso se sospecha que Stevenson y Kennedy conocían de antemano la intención de Gromyko y que, por ello, permitieron que el soviético hablase antes que los americanos. En resumen: que se trata de valores convenientes.

De todas formas parece desprenderse, tanto de la propuesta de que Moscú sea en los primeros meses del año próximo sede de la conferencia del desarme, como de las mismas palabras de Kennedy, la idea de que los grandes problemas del mundo no van a ser tratados en la ONU sino fuera de ella. Si bien el Presidente de la Asamblea, Sosa, dijo en su discurso inaugural que el objetivo de la XVIII Asamblea debía ser «la coexistencia pacífica con su corolario lógico que es el desarme general y completo bajo un control internacional eficaz» (objetivo al que añadió otros dos: descolonización y final del racismo en la tierra, y cooperación internacional para ayudar a los subdesarrollados, por lo cual los burlescos de la ONU dicen que es el discurso de las tres «d»: desarme, descolonización y desarrollo), la impresión general es que el camino de la coexistencia va a seguirse buscando por fuera, en conversaciones bilaterales o multilaterales, pero sin la «luz y taquígrafos» del salón de la ONU.

Los pequeños problemas

Otros problemas de los llamados «pequeños» van a ser sin duda el eje central de esa reunión de los 110 países del mundo (en la que tienen anunciada su apa-



Apertura de la XVIII Asamblea General. Su presidente, el venezolano Sosa, pronunció el discurso de las tres «d»: Desarme, descolonización y desarrollo.



Chiang Ching-Kuo, hijo de Chiang Kai-Chek, uno de los enigmas de la política mundial. ¿Será el sucesor de su padre o se pasará a la China comunista?

rión en algunos momentos importantes ocho jefes de Estado y 32 ministros de Asuntos Exteriores, además de los delegados permanentes). Los «problemas pequeños» van a mantener, sin duda, encendida la llama de la discusión violenta.

Uno de ellos será el debate anticolonialista donde las treinta y dos naciones africanas —que forman hoy el grupo más importante de la ONU— van a ser implacables con países como África del Sur, Portugal o Rhodesia. Todo hace indicar que estos países van a tener muy pocos defensores, y que los que tengan lo serán vergonzantes y lo harán más mediante las clásicas maniobras de pasillo o las alusiones a la incompetencia de la Asamblea para juzgar la «política interna» de las naciones acusadas que plantándose de cara ante el tema (con la excepción, quizá, de Gran Bretaña en el caso de Rhodesia del Sur).

Un debate que puede elevarse hasta las cimas de la discusión es el de la violación de derechos en el Vietnam del Sur. Sobre todo si, como algunos sospechan, aparece en la Asamblea la dama-dragón, la señora Ngo Dinh Nhu. Ella ha desmentido la posibilidad de esa visita: «No tengo nada que hacer en la ONU. Ni siquiera voy a visitar el edificio, porque ya lo conozco. Sin embargo, los periodistas no dejan de soñar en la posibilidad sensacionalista de su participación personal, de sus frases cortantes y despectivas que han hecho exclamar a un reporter de la televisión francesa que celebraba una entrevista con ella ante las cámaras: «Tengo unos deseos enormes de darle una bofetada!».

Van a tratarse también asuntos antiguos. Como el presupuesto. La ONU tiene deudas. Cuando termine este año, su saldo en contra ascenderá a ciento cuarenta millones de dólares —ocho mil cuatrocientos millones de pesetas—. Se va a tratar de convencer a Francia y a la URSS de que paguen las cuotas que les corresponden por los gastos de la ONU en el Congo: hasta ahora los dos países han considerado la acción ilegal y la han saboteado no pagando. Ese mismo tema de las operaciones en el Congo va a ser objeto de un nuevo debate. El secretariado de la ONU cree oportuno retirar las tropas antes de fin de año, cosa en la que no todo el mundo está de acuerdo.

Hacia una paz con Cuba

Pero no está excluido que al tratarse problemas pequeños no produzcan grandes y hasta importantes sorpresas. Por ejemplo, una posible reanudación de relaciones normales entre Estados Unidos y Cuba como consecuencia de la propuesta brasileña de desnuclearización de Iberoamérica. Araujo Castro, delegado del Brasil, declaró el 20 de septiembre que su país con Chile, Ecuador y Méjico están tratando de concluir un texto por el cual todos los países hispanoamericanos se comprometan a abstenerse de fabricar, almacenar y recibir armas atómicas. Si bien la idea de la fabricación sólo puede ser tenida como fantástica, la de almacenamiento y recepción es posible, como se vio en el caso de Cuba. Una vez firmado este tratado, los países firmantes aceptarían la inspección de los técnicos

de las Naciones Unidas. Y uno de los países que recibiría estos técnicos sería Cuba, si Fidel Castro lo acepta —y hay un noventa por ciento de posibilidades de que lo acepte—. En ese caso los países firmantes pedirían en bloque a Estados Unidos que cesase en sus sanciones económicas contra la isla y reanudase sus relaciones normales, puesto que ya no podría alegar que Cuba constituye una amenaza atómica contra los Estados Unidos.

Un misterio chino

Otra sorpresa podría venir con la inclusión de la República Popular China en la ONU, en lugar de los representantes de Chiang Kai Chek. El año pasado esta inclusión estuvo muy próxima; éste lo está más próxima aún. Algunos grandes aliados de Estados Unidos presionan para que se haga así. La versión de que esta vez la URSS lo vetaría es impensable y es ingenua. De todas formas yo me inclino a creer que la cuestión china aún no está resuelta. No es casualidad que, en la víspera de la Asamblea, el Presidente Kennedy haya recibido en la Casa Blanca la visita de Chiang Ching-Kuo, hijo mayor (cincuenta y tres años) de Chiang Kai Chek. Que además de esta herencia —o quizá por ella— tiene otros cargos: general del Ejército y jefe de la policía secreta de Formosa. El hijo de Chiang Kai Chek ha ido, sin duda, a requerir de nuevo el sostenimiento americano y a prometer, como viene prometiéndolo desde hace años, un inmediato desembarco en la China continental y una «reconquista de la madre patria». Es evidente que nadie en los Estados Unidos cree en esta posibilidad, pero también es evidente que a Washington no le interesa en ningún modo dar entrada a la China comunista en la ONU. Esto significaría apaciguarla en su disputa con la URSS.

Hay quien atribuye también la visita del general Chiang Ching-Kuo a una preocupación hereditaria. Es posible que el viejo mariscal aventurero no pueda seguir gobernando mucho tiempo más: tiene setenta y seis años y se le supone gravemente enfermo. A su muerte habría un problema hereditario entre su hijo mayor y el vicepresidente Chen Cheng. Se cree que los americanos apoyan a Cheng, más liberal y más político que el general Chiang Ching-Kuo. Pero existe el temor de que, en ese caso, el general se pase a la China comunista. Más de una vez se ha dicho que tiene conversaciones secretas con Pekín, y difícilmente se olvida que el hoy jefe de la policía secreta anticomunista fue durante doce años estudiante de marxismo en Moscú, que está casado con una ciudadana soviética y que, como su padre, se caracteriza por haber cambiado de ideología y de bando varias veces en su vida. Todo esto, indudablemente, va a pesar en la actitud norteamericana en el debate sobre la sustitución de una China por otra.

E. H. T.